

ZAPATA

“Campo cañero”.

FOTOGRAFÍA DE C. B. WAITE, A.G.N.

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ
INSTITUTO MORA

SUS AÑOS EN ANENECUILCO

En México, el problema entre pueblos y haciendas principia en la época colonial, cuando las últimas se expanden sobre predios que no les pertenecen, despojando a los campesinos de sus tierras, aguas, pastos, bosques, entre otros recursos naturales. Causa litigios por el uso y la tenencia de esos medios, asegura el dominio de la mano de obra rural e incluso provoca la desaparición de muchos pueblos; los que sobreviven cultivan en una tierra comunal que se reparte en pequeñas parcelas privadas y en pastos cuya propiedad se conserva de manera colectiva.

La incertidumbre de los labriegos no tiene fin en las etapas siguientes, antes bien se acentúa al aplicarse las Leyes de Reforma, como la Ley de desamortización de fincas rústicas y urbanas, propiedad de corporaciones civiles y religiosas (Ley Lerdo, 1856), que perjudica notablemente a las comunidades indígenas en las zonas centro-sureñas del país. Durante siglos, las protestas del campesinado son por la vía pacífica y otras veces empuñando las armas, con la esperanza de obtener justicia; el problema agrario, sin embargo, se recrudece en la época porfiriana. El caso de Morelos es ejemplar. Los pueblos, resistentes y tenaces, no cejan en la lucha por hacer valer sus derechos.

Aquí intentaré acercarme a las condiciones históricas de ese estado y al nacimiento y la temprana edad de un defensor agrarista: Emiliano Zapata Salazar; ubicaré su pueblo, a algunos de sus familiares, amigos y vecinos, así como las tradiciones locales que nos ayudan a comprender el por qué, cuando es un hombre joven, asume un compromiso fundamental que lo lleva después a la revolución.

En la joven entidad

La ola de cambios generada en Morelos a partir de su surgimiento como entidad soberana en 1869, al separarse del estado de México, se acrecienta en la década de los setenta. Impulsada por los primeros gobiernos, irrumpe con mayor fuerza en la región centro-sureña, como en otras comarcas de la

República, cuando Díaz llega a la presidencia y continúa con el proyecto iniciado por sus correligionarios liberales: impulsar el desarrollo económico en nuestro país. Las autoridades locales se dan a la tarea principal de fomentar el progreso material y de mantener a toda costa el orden y la paz.

A contracorriente, las costumbres populares de los morelenses no varían; se conserva una cadencia secular en la historia más íntima de las aldeas, los hábitos de la vida cotidiana, el respeto hacia los mayores, la manera de cubrir las necesidades espirituales y de resolver los problemas sustanciales siendo el más importante de éstos la tierra. Por encima de los cambios por venir en los tiempos de don Porfirio e incluso después de la revolución, esos rasgos tan propios de los lugareños muestran una constante en su comportamiento: el peso de la tradición.

Desde el primer ejercicio presidencial de Díaz (1877-1880), se echa a andar el proyecto para impulsar al país. En ese lapso, Carlos Pacheco y luego Carlos Quaglia ocupan el gobierno de la entidad; se inician la construcción de la carretera



Porfirio Díaz
en 1876.



El pueblo

El estado de Morelos estaba dividido en los años setenta del siglo XIX en cinco distritos: Cuernavaca, Yautepec, Jonacatepec, Tetecala y Cuautla; a partir de los ochenta se agrega Juárez. Es una región natural en la que destaca, entre otros, el plan de Amilpas al oriente, lugar de tierra cálida donde se sitúan las mejores haciendas azucareras, como El Hospital, Coahuixtla y Calderón, en el valle y distrito de Cuautla; al sur de la cabecera homónima del último se halla Anenecuilco, cuyo nombre, de origen náhuatl, significa “vuelta de río”, “donde el agua corre turbulenta” y “donde se arremolina el agua como un gusano”.

Como en otros pueblos morelenses, de acuerdo con una costumbre antigua, la gente de Anenecuilco vota por sus representantes, los “principales” o “notables,” entre vecinos y ante las autoridades, que por lo general son los viejos; su tarea consiste en velar por los intereses comunes y el más importante de éstos es la causa agraria que los lleva una y otra vez a mostrar sus testimonios de propiedad para avalar sus derechos. Los ancianos asumen el compromiso como algo personal y se transmite de generación en generación, convirtiéndose, valga decirlo, en una institución. Su presencia, tanto como la de las ancianas, sobresale en la vida de quienes los rodean, por su sabiduría, experiencia y por buscar soluciones de todo tipo para el bien de los demás. Los adultos, jóvenes e infantes les guardan respeto y admiración; en particular los niños y las niñas, quienes los llaman “tatas” y ven como árboles portentosos, a cuyo abrigo acostumbran acercarse.

En Anenecuilco, además de compartirse la unión entre consanguíneos, amigos y vecinos, así como los apellidos, compadrazgos, creencias, usanzas, hay un sentido de pertenencia, una memoria histórica colectiva y con ella un principio de identidad. Si las alianzas políticas y económicas resultan convenientes, la incorporación a la organización civil y religiosa local, el ser campesino en esa unidad territorial son fundamentales. Como una gran familia, todos responden solidariamente cuando las circunstancias amenazan su existencia o alteran el ritmo de su acontecer.

de Cuernavaca a Toluca y las obras del ferrocarril que partirá de México a Cuautla y de ésta a la capital morelense. Los hacendados se entusiasman con los nuevos caminos, pues éstos resultarán positivos para sus negocios y porque con el tren se introducirá maquinaria que va a transformar las técnicas para procesar la caña y obtener más del dulce producto en sus unidades; pero no se conmueven si por ese empuje perjudican los derechos campesinos de propiedad. Hay por eso conflictos con el pueblo de Coahuixtla, el distrito de Cuautla y el de Jonacatepec.

Es interesante cómo los habitantes se enteran pronto de lo que sucede en la entidad; más que por la prensa —pocos saben leer—, por lo que miran a su alrededor: conforme se abre el terreno para hacer la carretera y se montan los durmientes, así como las líneas paralelas sobre las que correrá “el gusano de metal”. Las noticias, que se transmiten de voz en voz, pasan a ser el tema diario de la conversación; cuando se sabe acerca de esos logros, para muchos, más que sorpresa, es causa de angustia porque una vez más tendrán que ir a reclamar lo propio ante las autoridades. El problema de los litigios entre campesinos y hacendados se repite.

**San Miguel
Anenecuilco,
Oaxtepec,
Morelos,
1853.**

Los anenecuilquenses se encomiendan al arcángel San Miguel, su patrono principal, a la Virgen de Guadalupe y a Jesús Sacrificado. Cultivan tierras de comunidad que se distribuyen en parcelas familiares y son base de la economía agrícola; asimismo utilizan terrenos ejidales, afuera del pueblo, donde pastorean a los animales y aprovechan frutos, plantas silvestres, piedras, leña. Como otros campesinos de Morelos, viven en su propio mundo. Se distinguen entre ellos por la forma de tenencia de la tierra; por lo que comen, cómo habitan y visten; por la lengua; por el color de la piel; por la relación que guardan con las haciendas, la actividad y la ganancia en ellas.

Un asunto inmediato y otro a medio plazo

A través de un sendero de Anenecuilco, Narciso Medina se dirige con paso lento hacia un jacal de palma y carrizo ubicado a la salida del pueblo. El hombre es uno de los ancianos “notables” o “principales” del lugar; lleva una caja bajo el brazo izquierdo y un paliacate en la mano derecha, con el que seca el sudor de su tez morena, que contrasta con la cabellera y el bigote totalmente blancos. Viste ropa de manta, calza huaraches de cuero y se cubre del sol con un sombrero de ala ancha que al momento se quita para hacer con él un vaivén, respondiendo así a los que lo ven pasar y lo saludan de lejos. Tras este ademán, su sonrisa cambia por una mueca de preocupación; melancólico, recuerda el asunto delicado que está pendiente y que se dispone a tratar con otros viejos.

Corre el mes de marzo de 1878. Medina se reúne en concejo con Francisco Merino, Trinidad Gutiérrez, Maximiano Franco, Carmen Quintero y Andrés Montes; tras beber agua de un mismo jarro y secar sus luengos bigotes, nombran al primero como presidente. Callan, se colocan alrededor

**Carta
del estado
de Morelos,
1876.**

de una mesa sobre la que don Narciso pone la caja y de ella saca un documento en el que consta un hecho nefasto; Manuel Mendoza Cortina, dueño de la hacienda de Coahuixtla, ha quitado agua a Anenecuilco. Los presentes aceptan retirar la demanda hecha ante el alcalde de Villa de Ayala y, frustrados, firman un acta que Medina guarda junto a “la mapa” del pueblo y otros papeles ya amarillentos por el paso del tiempo.

En el verano de 1879, se sabe en Anenecuilco que Narciso Medina ha muerto y quien hace las veces de “notable” es Trinidad Gutiérrez. Según pasa la estación, corre también otra noticia: Cleofas Salazar de Zapata y Gabriel Zapata esperan para agosto un miembro más en su ya numerosa familia; el noveno de diez hijos que la pareja procreará, entre ellos Loreto, Eufemio, Romana, María de Jesús, María de la Luz. Los Zapata viven del cultivo de la tierra, además de la venta y compra



Doña Cleofas anda con el tierno niño para arriba y abajo, le lleva delante, a sus espaldas; lo amamanta y mece en brazos o en el canasto tejido por una comadre o vecina locales. Un día soleado lo mete al río de Anenecuilco para irlo adaptando al baño en el agua fría, tan fría como es en Morelos. Lo cargan sus hermanas Chucha y Lucha, que son algo grandes y andan celosas. Conforme transcurren otros agostos, Miliano observa, aprecia su hábitat, conoce a la gente y las cosas que le rodean; es sensible y tiene personalidad; pronto sobresaldrá por ello y por su carácter recio.

Como a otros niños, a “Miliano” le gusta ir por aquí y por allá, a través de las brechas que llevan al río, en el que aprende a nadar; allí se cita con sus amigos Benito Espejo, Maurilio Mejía y Laureano Vidal, y con sus primos Carlota Pérez y “Chico” (Francisco) Franco. El sol tuesta sus pieles durante tantos días en que vienen y van por los caminos. Cerca del lugar donde las mujeres lavan la ropa, golpeándola sobre las piedras, suelen escuchar a sus madres, tías, primas y otras lugareñas, quienes se hincan bajo la sombra de los sauces para protegerse de los rayos candentes; ellas emiten risas, voces altisonantes en náhuatl así como en “castilla.”

Entre amigos, familiares y vecinos

El pequeño Emiliano apresura el paso pues quiere llegar a la reunión en la que estarán algunos amigos. Luego se atrasa pues hace un alto; se tiende boca arriba en la hierba, huele su aroma, mira el cambio de matices en el cielo del atardecer, nota el salto de unas liebres blancas, cómo entra la noche y surge la luna entre tantas estrellas. Busca donde corre el riachuelo para sentirse fresco; en el agua observa el reflejo lunar. Oye los grillos, al tecolote; se sorprende con las luces de las luciérnagas que se fugan con rapidez; por allá ve un entramado que brilla con diminutas gotas y a la tejedora araña en cuya red está atrapado un mosco.



La noción del tiempo y del espacio de Emiliano niño es distinta de la de quienes no viven en el campo. Para él, los de su pueblo y de otros pueblos, las estaciones pasan, hay temporal o seca, comienza la zafra, principia y termina la labor. Resulta vital conocer la fauna y la flora locales; los caminos, atajos, brechas; los ríos, montes, haciendas cañeras y arroceras; hasta qué lugar llegan los linderos. Se habla del asesinato de Antonio Francisco, el “notable” de Tepalcingo; de la queja de Vicente Alonso, dueño de El Hospital, porque varios animales de Anenecuilco pisan su propiedad; de la orden que Mendoza Cortina da a los “rurales” para que destruyan Olaque, el predio situado al este del pueblo. Hechos memorables, que se conocen por la voz y se rescatarán por escrito en biografías, novelas y la historiografía sobre Zapata.

Vecinos, primos, hermanas, amigos y señoras esperan a “Miliano” alrededor del tlecuil. Él sabe que esa noche toca a su abuela contar la leyenda llamada “Los cuatro dones de Anenecuilco”. Como otras ancianas, doña Vicenta es sabia y les transmite cosas del pasado, como si todos fuesen sus nietos; recuerda anécdotas que ella misma oyera alguna vez, varias sobre gente que conocía y sobre la que ya no está, como Cristino Zapata, enemigo de los invasores franceses, y José Zapata, “principal” del pueblo, quien apoyó a Díaz en la lucha por alcanzar el poder. Las mamás pasan tamales, pan, jarros con champurrado, atole o café, no falta quien

Fuerzas surianas que combatieron al gobierno del general Porfirio Díaz, en el estado de Morelos, a las órdenes de Emiliano Zapata.

guste de éste con su “piquete”. Todos se acomodan y respetuosamente guardan silencio para escuchar a quien lleva la voz, para gozar del relato que hoy conocemos gracias al libro *Raíz y razón de Zapata* (1943), de Jesús Sotelo Inclán:

Al norte, por Oaxtepec, está la corona de un rey; al poniente hay oro enterrado; al sur, en el cerro del Tenayo, hay fortalezas y armas enterradas que dejó el general Morelos; al oriente, por Olindepec, hay una campana de plata, que el día de San Juan sonaba a la media noche. Era muy fina. Un día subió un leñero y vio las asas que el temporal descubrió. Le dio aviso al amo de la hacienda y éste llevó hombres con barretas y doble yunta. Tentaron a los bueyes, para que jalaran la cadena que, atada a las asas, desenterraría la campana; pero la cadena se rompió y la campana se hundió más y más y ya nunca se oyó tocar porque tiene un genio que la cuida y solamente la dará a un hombre del pueblo, no al hacendado, cuando aquél la saque, volverá a sonar.

Tras unas cuantas noches, “Miliano” ingresa a la primaria en 1887; entre otros alumnos están quizá Rosalino Aponte, Rafael Merino, Benito Espejo, Maurilio Mejía, Laureano Vidal, junto a él aprenden el silabario. Son los mismos que, con otros vecinos, y en poco más de dos decenios, serán sus compañeros de armas.

1911

En un atardecer dominical, luego de que se corre la voz y sin esperar a oír el tañido de la campana, algunos ancianos, adultos y jóvenes de Anenecuilco, con otros de Moyotepec y su Villa de Ayala, se congregan en forma discreta atrás de la iglesia, temiendo ser sorprendidos por alguien de las haciendas colindantes. La reunión, que se lleva a cabo el 12 de septiembre de 1909, es convocada con carácter urgente por los “notables”, entre ellos José Merino, quien la preside y toma la palabra yendo al grano: “estamos cansados y decidimos que nuevos representantes continúen la tarea de ver por los intereses del pueblo; cuenten con nuestros consejos y apoyo”. Emiliano Zapata tiene entonces 30 años y ese día adquiere un compromiso trascendental: después de ser electo presidente de

la Junta de Defensa, al término de la reunión, recibe de manos de los viejos una caja de hoja de lata donde se resguardan, con celo singular, los papeles del pueblo, frágiles y amarillentos por el paso del tiempo y que aquellos heredaran de sus predecesores, otros “principales”, según la usanza local.

Zapata se suma a la Revolución Mexicana con unos cuantos seguidores en marzo de 1911 y logra reunir a miles de personas en menos de diez años, a gente que, como él, peleará y morirá por defender y hacer valer los derechos de los campesinos. A casi un siglo de ese año, el hombre conserva la vigencia como caudillo por excelencia; también la causa agrarista que es denominada “zapatismo”. A la fecha, la fuerza palpitante de ambos resurge al ser rescatados en otros movimientos, así como en organizaciones rurales de México que les dan su sentido auténtico, genuino, al enarbolar la misma bandera: la de la tierra.

Para saber más:

GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES, *Tierra. La revolución agraria en México*, Factoría Ediciones, México, 2004. (La Serpiente Emplumada, 31).

PEDRO ÁNGEL PALOU, *Zapata*, Planeta, México, 2006.

JOHN WOMACK, *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1992.

Visitar el pueblo de Anenecuilco, la tumba de Zapata en Cuautla, la cercana Villa de Ayala y un casco de hacienda como Temixco, en Morelos.

Corridos zapatistas. “Corridos de la Revolución Mexicana”, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Pentagrama-Conaculta, México, 2002. (Disco compacto).

ELIA KAZAN, *¡Viva Zapata!*, 1952. (Película).